

La "Terminología filosófica", de Theodor W. Adorno, no es ese manual, pero puede suplirlo o ayudar a esperarlo (1). El libro recoge la transcripción de unas cintas en las que se grabaron las lecciones de Adorno a un público absolutamente novel en materia filosófica. Constituyen una auténtica "Introducción a la filosofía", en un lenguaje accesible, juntamente culto y agresivo, coloquial y erudito. Adorno pasa revista a algunos grandes términos filosóficos, en primer lugar al nombre mismo de "filosofía", pero sin pretender en ningún momento dar la impresión de que administra un capital de saber ya consolidado, prefiriendo la incitación —la seducción, diría Nietzsche— al adoctrinamiento o a la simple información. Sus lecciones no son ortodoxas desde un punto de vista académico, pero, como él mismo nos dice, "la filosofía de hoy día, si es que todavía tiene su existencia una justificación y si no se ha transformado de hecho en una ocupación trivial que prosigue sólo porque empezó en otra época, sólo y exclusivamente puede justificarse allí donde hace estallar las representaciones de lo académico". Los análisis de Adorno sobre la noción de "profundidad" o la de "sabiduría" son excelentes ejemplos de metafilosofía, de ese ejercicio de consideración de un conjunto de procedimientos culturales que hoy todavía seguimos llamando "filosofía". El punto de vista de su enfoque es decididamente crítico: "La filosofía, por cuanto expone efectivamente la resistencia espiritual organizada, es una resistencia contra las convenciones y clichés acuñados por la sociedad. No puede acercarse auténticamente a la filosofía el hombre que nunca ha experimentado irritación ante lo que todos piensan y todos dicen, ante lo que se impone como incuestionable. Hay que ver la coacción, injusticia y mentira que subyacen a las evidencias". La filosofía no es simple sospecha, pero parte de la sospecha; no sólo tiene un momento crítico, pero hoy se engañaría si se alejase decididamente de su momento crítico, pues de ese modo no se aproximaría más a sí misma ni a su posibilidad. Adorno sabe cuál es hoy la tarea del pensamiento y nos ayuda a realizarla: nos señala el ángulo oculto desde el que se descubre el cráneo de huesuda sonrisa en la plácida convención de los hombres de mundo. ■ **FERNANDO SAVATER.**

(1) "Terminología filosófica" (dos volúmenes, el segundo de próxima aparición), de T. W. Adorno. Taurus Ediciones. Madrid, 1976.

El desafío de Taizé

Siempre es agradable escribir sobre Taizé. Porque rompe este ensayo religioso francés, este centro de irradiación religiosa, todos los moldes modernos de lo que se pensaba que debía ser un lugar así.

Allí no hay un anacronismo retrógrado, pero tampoco ensayos desconjuntados al estilo de muchos grupos religiosos que quieren complacer con superficialidad, imitando ingenuamente las costumbres de hoy en una caricatura sin altura. Tampoco hay proselitismo de grupo, sino absoluta libertad e iniciativa; el que quiere va y se marcha, sin sentirse obligado a nada. Pero no se cae de ningún modo en la frialdad ni en el desinterés adoptando sus monjes una actitud aséptica o considerándose por encima de los anhelos corrientes del hombre de hoy.

Sus monjes son católicos, universales, pero no pertenecen a la Iglesia católica romana. Son de tradición calvinista. Su liturgia y sus cantos no tienen la falta de categoría humana profunda, y sin gusto alguno, aparecidos en el catolicismo después del Concilio Vaticano II. Sus obras escritas —las del hermano Roger y el hermano Max— tienen un aire reposado, de vino añejo que se sirve en recipientes de hoy: no han perdido estos libros el buen sabor humano de fondo que tienen las cosas profundas, pero están escritos con sencillez, humanidad y sin aspavientos reaccionarios propios de algunos clérigos.

Allí se vive lo actual, pero con la perspectiva de lo eterno. Y la juventud es su principal clientela. Una clientela que no viene a comprar nada aparentemente tangible, sino sólo a beber un aire, un ambiente, un clima que no disuena de sus anhelos profundos, pero que le ayuda a superarse, a construirse, a ser alguien y no —como pasa en nuestro engañoso mundo occidental— a pretender afanosamente tener más por puro afán de posesión exclusiva y egoísta.

Allí se celebró no hace mucho un concilio de los jóvenes: algo "sui generis", y que poco se parece a los Concilios religiosos al uso. Porque los jóvenes se encontraban a gusto en aquel ambiente libre, meditando serena y relajadamente, como se hacía antiguamente en el cristianismo y como hacen ahora los yoguis o los seguidores del budismo-zen.

Quien desea vivir esto en imagen escrita, debe leer este ameno y breve libro que aquí comento, y que parece un cuadro impresionista más que un tratado religioso. Por sus páginas desfilan personas, personajes y acon-

tecimientos. Y tras ellos se vislumbra con fuerza el espíritu de Taizé, el que tanto atrae a los futuros hombres del porvenir, atraídos allí por el halo de religiosidad libre, responsable y encarnada en hechos concretos que predicán las monjas con sus atractivas oraciones, sus ratos de reposo y con su propio ejemplo de religiosos que tienen una profesión profana y un trabajo como los demás.

Se ha achacado a Taizé la ambigüedad, pero la lectura del libro de González-Balado nos convencerá de que si todo tiene un peligro de evasión —y Taizé también—, no es precisamente ese el clima que allí se respira fundamentalmente. Más bien es un cierto espíritu contestatario contra nuestra sociedad demasiado dura, demasiado agresiva y demasiado cruel con el prójimo.

Que nadie espere de las páginas de esta obra un estudio profundo del fenómeno Taizé ni de la posible espiritualidad nueva que de allí se desprende. Pero tras la ingenuidad a veces un poco lírica del lenguaje, se capta vivencialmente lo que este lugar representa en el mundo de la inquietud humana y juvenil, que quiere mezclar lo de arriba y lo de abajo, la justicia y el desprendimiento, la paz y la energía, la lucha por la justicia social y política y el anhelo de un hombre más abierto, elevado y feliz, de la utopía y la realidad. ■ **E. MIRRET MAGDALENA.**

José Luis González-Balado: *El desafío de Taizé*. Ed. Paulinas, 1976.

En la muerte de Emile Benveniste

Sirvan estas escasas líneas sintetizadoras de recuerdo a Emile Benveniste (1902), muerto en París el 3 de octubre tras una larga enfermedad, que desde 1969 lo tenía alejado de una intervención directa en los problemas de la lingüística, mundo que no por cerrado para la inmensa mayoría del público deja de poseer un interés determinante en la actual encrucijada en que se hallan las ciencias más diversas, y, en especial, las relacionadas con el lenguaje: la lingüística en primer lugar, la literatura, la crítica, etc. Si decimos que era considerado el heredero de Saussure no debe entenderse por el término heredero algo semejante a guardián conservador de normativas dictadas; fue el heredero de y contra de Saussure, negando en primer lugar la teoría de la arbitrariedad del

signo lingüístico, elaborada por su maestro, precisando su necesidad fundamental: "Arbitrario es que este signo y no ese otro se aplique a determinado elemento de la realidad y no a otro...", entre el significante y el significado el lazo no es arbitrario; todo lo contrario, es necesario". No fueron, sin embargo, estos sus primeros trabajos. Desde el nudo lingüístico, derivó su examen hacia los datos aportados por la Historia, el psicoanálisis, la antropología, la literatura, las ciencias sociales y la filosofía. Comenzó con su tesis doctoral, *Orígenes de la formación de los nombres en indoeuropeo* (1935), que revolucionó la gramática comparada de esas lenguas. La aplicación del sistema saussuriano le permitió rechazar el positivismo, por su "fijación", hallar la diversidad de origen de las distintas lenguas (griego, sánscrito, latín), y, tras poner de manifiesto su evolución y estructura, demostrar la posibilidad de integrar, dentro del sistema, hechos considerados hasta entonces insistemáticos por sus particularidades. Tras trabajos como *Nombres de agentes y nombres de acción en indoeuropeo* (1948), *Hitita e indoeuropeo* (1962), y *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas* (1969), pudo aportar datos y elaborar un panorama de la organización social, político-económica y religiosa de las sociedades indoeuropeas; a través de los nombres, por ejemplo, demostró las bases de un sistema patriarcal que aún está latente en nuestros lenguajes actuales. Al campo de la lingüística general ha contribuido con dos libros, *Problemas de lingüística general* (I, 1964; II, 1967) (1) que contienen hallazgos capitales como la citada necesidad del signo lingüístico; la relación profunda de lengua y sociedad que convierte a aquélla en "la principal vía de acceso a la comprensión de los fenómenos simbólicos, y le impone, al mismo tiempo, la tarea de definir el lugar particular de la lengua en el conjunto de los sistemas de signos". Para llegar a estas conclusiones instrumentó toda una serie de estudios "técnicos": así, el análisis de los pronombres personales le llevó a conclusiones sobre las relaciones de persona, insertas en el problema de la enunciación y la referencia, por un lado; y, por otro, los pronombres le facilitaron su profundización en la naturaleza de las relaciones entre los interlo-

(1) *Problemas actuales de la lingüística*, I, Siglo XXI. México, 1973; el tomo II se halla en prensa, y parece inminente su aparición.

cutores. Sus análisis del tiempo del discurso, de los "tiempos" verbales, le llevaron a enunciar dos sistemas opuestos: el tiempo de la historia, en que no interviene el locutor, y el tiempo del discurso, que exige un locutor —que trata de influir sobre un oyente de la manera que sea— y el oyente. Aunque cabría citar otras aportaciones —sus estudios sobre el gentilicio latino—, esos son los principales hallazgos que Emile Benveniste ha dejado como bases de las orientaciones actualmente más interesantes de la lingüística, en especial de la enunciación y la teoría del relato. A su muerte, deben ser recordadas su vasta erudición y su capacidad de reflexión con los datos para convertirlos en algo vivo y operante en el conjunto de las ciencias actuales. ■ MAURO ARMIÑO.

TEATRO

Jorge Díaz, Premio El Leblrel Blanco

Hace varias semanas publicamos en estas páginas un comentario llamando la atención sobre el grupo pamplonés El Leblrel Blanco y sobre el premio que acababa de convocar. Alguna influencia debieron tener aquellas líneas, porque lo cierto es que aumentó el número de obras presentadas hasta rebasar ampliamente el centenar. El hecho de que la convocatoria exigiera la presentación con plica y la consiguiente ocultación del nombre de los autores impide saber con exactitud quiénes eran los aspirantes. Estamos, sin embargo, seguros, por el inevitable reconocimiento de estilos en varios de los textos mecanografiados, que al premio se presentaron bastantes de nuestros más conocidos dramaturgos marginados. Lo cual certifica que los términos ofrecidos por la convocatoria —200.000 pesetas para la obra premiada, el compromiso de estrenarla en Pamplona a fines de noviembre y la composición del Jurado— han parecido satisfactorios.

De las nueve piezas finalistas, pasaron dos al último debate: "Carlismo y música celestial" y "Ceremonia ortopédica". De he-

cho, como ya es tradicional en estos casos, el cotejo era, por la heterogeneidad de las obras, difícil. Con un amplio reparto, abierta a la investigación histórica del carlismo, de asegurada y polémica resonancia en el medio navarro, formalmente en una línea muy adecuada a las características del grupo —que acaba de reponer, con muchísimo éxito, su montaje de "1789", del Théâtre du Soleil—, la primera. Más acabada literariamente, estructurada con precisión, asentada en esa visión amarga de las relaciones humanas —y más concretamente de la pareja— que caracteriza la obra del autor de "El cepillo de dientes", la segunda. Y cito "El cepillo de dientes" porque, obviamente, la concesión del premio trajo consigo la apertura de la plica correspondiente y la identificación del autor, que resultó ser Jorge Díaz.

La obra, de sólo tres personajes, la estrenará El Leblrel Blanco, bajo la dirección de Valentín Redín, en su local de Pamplona y en la fecha prevista por las bases. Aunque no se descarta, como es lógico, que el alto censo de actores con que cuenta el grupo se ponga a trabajar de inmediato sobre alguno de los textos finalistas, concretamente "Carlismo y música celestial". El Jurado, que decidió el premio por mayoría de votos, lo han formado Antonio Buero Vallejo, Adolfo Marsillach, Enrique Llovet, Francisco Nieva, Valentín Redín y el autor de estas líneas. ■ JOSE MONLEON.

CINE

Diablos superestructurales

Pertenece "Madre Juana de los Angeles" a la llamada "edad de oro" del cine polaco, que se suele situar entre 1956 y 1962, y a cuya cabeza figuran tres realizadores: Andrzej Wajda, Andrzej Munk y Jerzy Kawalerowicz. De este último es "Matka Joanna od Aniolow", Premio Especial del Jurado en el Festival de Cannes de 1961, y que se estrena en España nada menos que con quince años de retraso, tras figurar tiempo atrás en la programación de la Semana de

Valladolid. Basado en la novela de Jaroslaw Iwaszkiewicz, el film —ambientado en la Polonia oriental del siglo XVII— se centra en el episodio conocido como "los demonios de Loudun", en torno al que Aldous Huxley escribiese un excelente libro y Ken Russell filmara su —prohibido entre nosotros— "The devils".

En contraste precisamente con el muy posterior trabajo del exhibicionista director inglés, lo que primero destaca en la labor de Kawalerowicz es la seriedad y el rigor con que aborda un tema tan proclive a fáciles excesos, como el de los presuntos endemoniados. Si, de hecho, "Madre Juana de los Angeles" aparece hoy notablemente envejecida en sus aspectos estéticos y de construcción dramática (y me remito a lo que apunté la pasada semana respecto a este "envejecimiento" al hablar de "Tatuaje"), no sucede lo mismo en lo referente a su dimensión ideológica. "Es un film en el que me prometí a mí mismo presentar diversas facetas de una ideología idealista sobre el mundo. Partiendo de una posición materialista, la pongo en contraposi-

neasta polaco en esa sinfonía de imágenes en blanco y negro que es su quinta película—, sino un apasionado deseo de vivir ahogado sin cesar por unas convicciones que sólo contemplan la muerte, que únicamente a ella se destinan. La madre Juana de los Angeles, con ocho demonios dentro, sus compañeras de convento, el exorcista padre Suryn, sor Margarita..., todos los personajes del film son víctimas de una cultura represiva nacida desde un concepto religioso del mismo signo. Seres en cuya manipulada conciencia surgen diablos cada vez que se asoman a una vida que les está vedada, Satanás se introduce en ellos como un vértigo de libertad. ■ F. L.

"¡Quiero la cabeza de Alfredo García!"

Hace algunos años, Sam Peckinpah nos contaba el proyecto de esta película: la historia de un hombre que, por dinero, arranca la cabeza de un muerto



"Madre Juana de los Angeles" ("Matka Joanna od Aniolow", 1961), de Jerzy Kawalerowicz.

ción al idealismo. Mi película va contra muchas cosas, contra todo tipo de dogmatismo que esclavice la naturaleza del ser humano, la naturaleza del ser mismo", declararía en su momento Kawalerowicz. Y, ciertamente, "Madre Juana de los Angeles" ofrece la visión inteligente del fenómeno demoníaco como simple consecuencia de una superestructura ideológica que condiciona, limita y finalmente destruye la libertad del hombre.

"No hay un Satanás que ocupe indiscriminadamente nuestros cuerpos —concluye el ci-

para llevársela a un rico hacendado que quiere vengar así la violación de su hija. Durante el trayecto, el hombre, solo, perdedor, aburrido, descubre que ha encontrado un objetivo a su vida: la conservación de la cabeza de "su amigo", con la que va experimentándose durante el recorrido. Al final, cuando consigue llegar a su destino, el rico hacendado —ya abuelo— había olvidado su oferta, y el hombre se encuentra pobre de nuevo y con una cabeza que lentamente va corrompiéndose, y que ya no